

ILUSTRACIÓN
JONATHAN
LÓPEZ



MÉXICO

Las luces rojas de la democracia



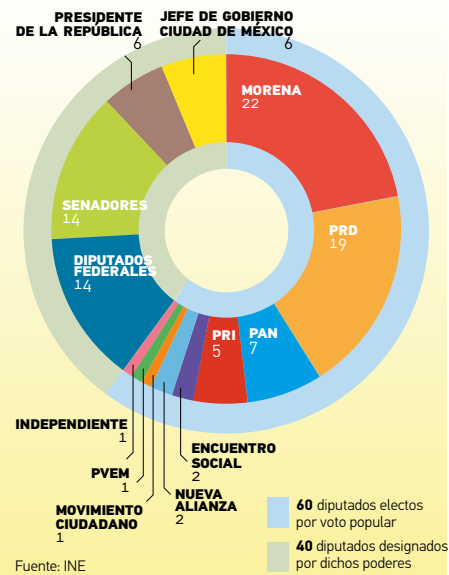
PEDRO ARTURO AGUIRRE

Los pasados comicios locales celebrados en México para renovar doce gubernaturas y elegir, en la Ciudad de México, una asamblea constituyente fueron una nueva muestra de que nuestra democracia evoluciona, pero a trompicones, y si bien hay algunos motivos de celebración también persisten alarmantes síntomas de descomposición. Sí, hay que aplaudir que el INE demostró eficacia, que las urnas determinaron alternancia en varios estados de forma pacífica y que la figura de “candidato independiente” se integra a nuestra vida electoral como una forma digna de ampliación de derechos ciudadanos. Pero a pesar de estos avances en materia de competencia y acceso a los puestos de elección popular, el uso y abuso de viejas fulllerías y mañas en las campañas electorales siguen demeritando considerablemente al sistema político. No debe olvidarse que, por

algo, la credibilidad de los partidos está en el suelo y que México es el país que califica peor a su democracia, de acuerdo a la encuesta anual que hace la organización Latinobarómetro.

Los resultados, llamémoslos “coyunturales”, de la elección están a la vista: un claro triunfo del PAN (que no de su triste aliado, el PRD) que le abre a este partido perspectivas poderosas rumbo a 2018 y, al mismo tiempo, le presupone una enconada contienda para determinar quién será el candidato; una severa advertencia al PRI, derrotado a causa de sus malos gobiernos estatales y la incuestionable impopularidad de Peña; la aparición de Morena como tercera fuerza electoral, pero también la evidencia de que este partido carece de una cobertura realmente nacional; la elección en Chihuahua, de Javier Corral, un político de alcance nacional que seguramente adquirirá un nuevo e importante protagonismo; un nuevo fracaso de las empresas encuestadoras y nuevos éxitos electorales y la eficacia demostrada en las urnas de la estrategia del PAN-PRD de

CONFIGURACIÓN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE DE LA CIUDAD DE MÉXICO



postular a expriistas para ganar en las urnas. Pero más allá de estas consideraciones, sin duda importantes, debe interesarnos en qué condiciones queda la calidad de la democracia mexicana. Un segundo después de que se conocieran los resultados electorales, la clase política y muchos analistas empezaron a preocuparse

Fotografía: Proceso Foto / Juan Carlos Cruz

por la elección de 2018, y en ese preciso momento nos olvidamos de que las pasadas campañas fueron un espectáculo vergonzoso. El clientelismo, la compra del voto y el derroche ilegal de recursos públicos fueron sus protagonistas más destacados y constantes. A estas estrategias recurrieron prácticamente todos los partidos. Los ciudadanos vieron correr una avalancha de caudales destinados a objetivos electorales, en una nación que padece un ingente déficit en materia social. Quedó patente la irresponsabilidad de actores políticos que no ven más allá de sus propios intereses cuando por lo menos dieciocho candidatos se autoproclamaron ganadores minutos después de cerradas las urnas. Nadie piensa en construir, proyectar, utilizar las virtudes propias y las ideas para atraer. Todo lo contrario, solo se trabaja para destruir al adversario, por dar a conocer sus errores, sus descalabros, sus bajezas, aunque ello en nada beneficie a los ciudadanos y sí lastime el prestigio y legitimidad de quienes, eventualmente, habrán de gobernar. Las campañas no aportan nada o casi nada en términos de contribuciones concretas para la solución de los problemas comunes. Es significativo que, en muchos casos, la promesa más relevante de los candidatos consistiera en “meter en la cárcel” al contrario. La alternancia puede atribuirse al castigo a malos gobiernos y como manifestación de ese ya famoso “malhumor social”, pero no a las virtudes de los triunfadores.

Las campañas negativas y guerras sucias terminan por fomentar apatía y desconfianza en los sistemas políticos. Muchos analistas piden no dar demasiada importancia a estas tácticas “de contraste” e incluso afirman que sin ellas las elecciones serían aún más aburridas. Es posible, pero los denuestos y vituperios en campaña producen una excesiva polarización con bandos que se desgastan en continuos fuegos cruzados. No en balde las campañas

negativas son el instrumento favorito de demagogos y populistas, y Donald Trump es un magnífico ejemplo de lo anterior. El clima de desconfianza y apatía resultado de las guerras sucias no aporta nada a la consolidación de una democracia tan exigua como todavía lo es la nuestra porque devalúa a las instituciones gubernamentales y de representación política y da lugar al abstencionismo.

Pese a toda la sobre-regulación que impera en México en materia electoral, no hemos sido capaces de suprimir las viejas reglas no escritas y modelos viciados. Vamos ordenadamente a las urnas, presentamos cómo unos partidos sustituyen a otros en los gobiernos, pero nuestro sistema político no está sirviendo como un mecanismo eficaz de transformación social, al contrario, se ha divorciado de los ciudadanos y ha hecho del poder por el poder mismo el objetivo central del juego político. Alternancias en el poder sin resultados plausibles pueden servir como sanción moral y política a gobiernos ineficientes, pero terminan por ser huecas.

Desde luego, jamás debe pensarse en la democracia como una panacea. Es un sistema engorroso y lleno de complejidades. Una sociedad madura siempre entiende que la democracia no solo desilusiona sino es de suyo mediocre, sempiterna rehén de equilibrios frágiles y dinámicos. No se trata de un ideal que se realice de una vez, para siempre y para todos. Es un proceso inestable, impreciso e impredecible que adopta diferentes ritmos. Pero su desarrollo y supervivencia dependen de que el conjunto de los actores y las instituciones que le dan vida encajen y se guíen por un mínimo de valores sustantivos. —

PEDRO ARTURO AGUIRRE es escritor. Este año publicó *De Winston Churchill a Donald Trump: auge y decadencia de las elecciones* (Innisfree).

ANIMALES

Prisioneros de guerra



ISABEL ZAPATA

La polémica desatada por la muerte el pasado 28 de mayo de Harambe, un gorila espaldado plateado de doscientos kilos que pasó sus diecisiete años de vida en el Zoológico de Cincinnati, ha reavivado la discusión sobre la pertinencia de los zoológicos tradicionales en nuestra sociedad actual. La tragedia ocurrió luego de que un niño de tres años lograra avanzar los pocos metros de follaje que separaban a los paseantes del primate y caer a la fosa en que Harambe habitaba: ese simulacro de libertad. Partiendo de que el pequeño estaba en grave peligro y que un tranquilizante tardaría demasiado tiempo en hacer efecto, las autoridades decidieron terminar con la vida del gorila.

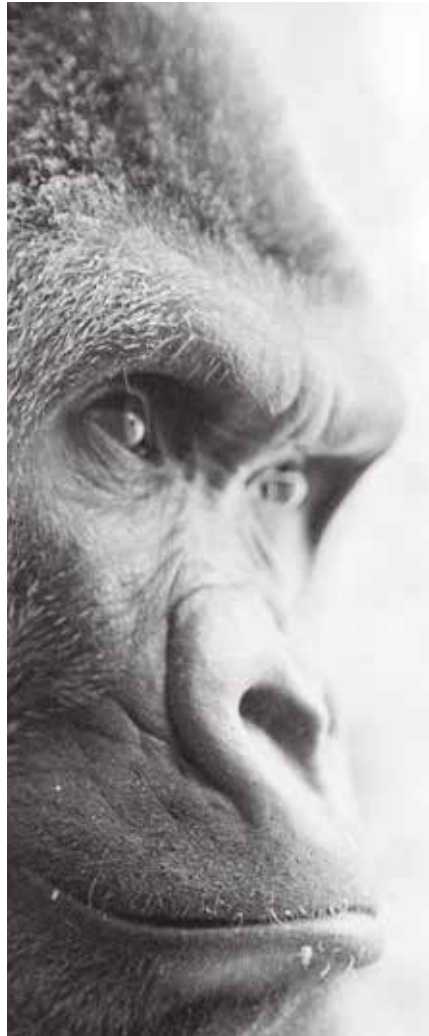
Nuestra memoria es corta cuando de indignación se trata, pero la muerte de Harambe no es ni de lejos un caso excepcional. Apenas unos días antes, un joven chileno que en una nota suicida se describió a sí mismo como un “profeta protegido por Jesucristo” se lanzó a la jaula de los leones del Zoológico Metropolitano de Santiago de Chile. Ya dentro se quitó la ropa y provocó a los felinos, que respondieron atacándolo hasta ser abatidos por los guardias con armas de fuego. Esa misma semana, en el Zoológico de Vida Silvestre de Yeshanko, China, una morsa ahogó a un visitante que intentó tomarse una *selfie* con ella. En 2004, el gorila Jabari escaló un muro de casi cinco metros de altura para escapar de su encierro en el Zoológico de Dallas. Tras cuarenta minutos de rebeldía, fue matado por la policía dejando cuatro personas heridas a su paso. Estos ca-

esos tienen algo en común: todos ocurrieron en instalaciones de zoológicos, esos espacios en los que los seres humanos aprisionamos a otros seres vivos desde 1500 a. C., cuando la reina Hatshepsut de Egipto exhibió en sus jardines animales exóticos capturados en una serie de expediciones a Punt, una región de la actual Somalia.

Más allá del (a todas luces infructuoso) debate sobre las intenciones del gorila y la negligencia de la madre del niño, la muerte de Harambe ha puesto sobre la mesa un asunto infinitamente más relevante y que resulta, a estas alturas, imposterizable: ¿cuál es el papel de los zoológicos, o mejor, cuál *debería* ser el papel de los zoológicos en una sociedad cada vez más preocupada y mejor organizada en materia de protección animal?

A raíz de lo ocurrido en Cincinnati, una gran cantidad de activistas ha insistido en la necesidad de hacer a un lado la rabia fugaz y superficial para concentrarnos en una condición previa: ¿por qué estaba Harambe en un zoológico *en primer lugar*? La pregunta, desde luego, se trata de un cuestionamiento al sistema entero y no al Zoológico de Cincinnati en particular. En palabras de Peter Singer: “nuestra preocupación principal debería ser el bienestar de los gorilas, pero los zoológicos están contruidos de otro modo: su preocupación principal es que los gorilas puedan ser vistos por nosotros”. Está claro que, por más avanzadas que sean las instalaciones de un zoológico, la vida en cautiverio no puede compararse con la vida en libertad. Además de los ampliamente documentados casos de depresión, el encierro lleva a varias especies a desarrollar un comportamiento anormal y autodestructivo conocido como *zoo-cosis*: el pasear nervioso, el balanceo de la cabeza y la automutilación son síntomas de los que puede dar fe cualquiera que haya visitado un zoológico.

Un argumento común a favor de los zoológicos es que cumplen con funciones educativas y realizan esfuerzos de conservación indispensables



para la supervivencia de especies en peligro de extinción. Sin embargo, si bien es cierto que algunos de ellos (ni de cerca la mayoría) cuentan con programas de este tipo, no hay evidencia alguna que confirme los efectos reales de dicha labor. Según un estudio publicado recientemente en *Conservation Biology*, menos del 40% de los visitantes de un zoológico realmente aprende algo a largo plazo sobre los animales que ve, e incluso para quienes absorben cierto conocimiento este no se traduce en ninguna acción en términos prácticos. En cambio los santuarios —entre cuyas metas más urgentes *no está* cambiar la manera en que los humanos ven a los animales “no humanos”— tienen mayor alcance para la conservación de las especies.

Como criaturas que disfrutaban de una importancia autoadjudicada, los

seres humanos tendemos a preferir las historias centradas en un individuo (la tragedia personal de Harambe) y no en una población entera (los 175,000 gorilas occidentales de llanura en peligro crítico de extinción). Aunado a esto, el especismo —la discriminación hacia los miembros de otras especies animales por el simple hecho de no pertenecer a la especie humana— nos impide considerar y respetar plenamente los intereses del resto de los animales, uno de los cuales es necesariamente vivir en libertad.

Aceptar la responsabilidad colectiva por la destrucción de nuestros recursos naturales nos cuesta más trabajo que dirigir nuestro dedo flamígero hacia los demás para señalar, en casos como el de Harambe, los errores de las autoridades del zoológico, de la madre del niño o del niño mismo. La culpa siempre es de otros.

En *Las vidas de los animales*, aquellas célebres conferencias que J. M. Coetzee pronunció en la Universidad de Princeton en 1997, el novelista dijo: “La gente se queja de que tratamos a los animales como a objetos, pero la verdad es que los tratamos como a prisioneros de guerra. ¿Sabías que cuando se abrieron al público los primeros zoológicos los guardianes tenían que proteger a los animales porque el público los atacaba? La gente pensaba que los animales estaban ahí para insultarlos, como a los prisioneros en un desfile de victoria.”

Si de algo ha de servir la muerte de Harambe, que sea para repensar su vida con seriedad. ¿Qué motivaciones hay al centro de la estructura actual de los zoológicos, a quién sirven? La mejor manera de honrar a Harambe no es despotricar contra el accidente que desembocó en su muerte, es tomar medidas para proteger el derecho a la libertad de los pocos que quedan de su especie. —

ISABEL ZAPATA estudió ciencia política en el ITAM y la maestría en filosofía en la New School for Social Research. Es autora del poemario *Ventanas adentro* (Urdimbre, 2002).



ARTES PLÁSTICAS

Civitas ludens. La ciudad y los juguetes de Noguchi

W

JESÚS SILVA-
HERZOG
MÁRQUEZ

os aburrimos en la ciudad, escribió Ivan Chtcheglov en un manifiesto de 1953. El filósofo que prestó ideas a la Internacional Situacionista y que soñó vo-

lar la torre Eiffel, antes de ser encerrado en un hospital psiquiátrico, quería una ciudad para el placer y la devoción. Haciéndola una inmensa fábrica, le hemos arrancado toda poesía, todo gozo, todo juego. Ya no le construimos templos al sol. Circulamos con prisa por calles desalmadas, habitamos edificaciones sin mito. Para una civilización mecánica, una arquitectura frígida. “Dejémosle el estilo de Monsieur Le Corbusier a él mismo. Un estilo apropiado a las fábricas y los hospitales que, sin duda, lo sería eventualmente para las prisiones. (¿No construye ya iglesias?) La represión psicológica que domina a este indivi-

duo —cuyo rostro es tan horrible como su concepción del mundo— lo mueve a someter a la gente bajo innobles masas de concreto reforzado [...] Su influjo cretinizador es gigantesco. Una maqueta de Le Corbusier es la única imagen que me sugiere inmediatamente la idea del suicidio. Está destruyendo los últimos resquicios del gozo. Y de amor, pasión, libertad.” Chtcheglov veía en el urbanismo contemporáneo una conspiración contra la naturaleza y la imaginación. Sedentarismo que rompía la conexión del hombre con el cosmos: la luz eléctrica niega los misterios del atardecer, los climas artificiales rechazan el reloj de las estaciones. Atada a sus cimientos, la ciudad castiga el movimiento. Para el amigo de Guy Debord, los sueños de De Chirico eran el mejor trazo de un urbanismo abierto a los misterios de la contemplación.

No imagino a Isamu Noguchi celebrando la invectiva de Chtcheglov contra Le Corbusier pero creo que le habría maravillado ese sueño de

una ciudad movедiza, regida por el azar y las mudanzas. La polis como un laberinto para el arte y el juego. El parque, el jardín —no el palacio ni la iglesia—, convertidos en el núcleo de cualquier barrio. Noguchi quiso insertar su arte en la ciudad por esa vía: el juguete público. Transformar el paisaje de la ciudad no por lo que sus habitantes pueden ver sino por lo que pueden hacer. Escalar el arte, deslizarse o columpiarse en él; sumergirse, esconderse ahí.

Fue precisamente en la Ciudad de México donde exploró el arte social. Pintó un mural en el mercado Abelardo Rodríguez que leía la historia de la humanidad como una ruta de la superstición hacia la ciencia. Einstein y no Marx aparecía como el profeta de la liberación. Su experimento mexicano no lo dejó del todo satisfecho: era elementalmente político y exclusivamente visual. Él buscaba otra forma de avivar la ciudad a través de alguna abstracción corporalmente seductora y socialmente relevante. Desde mediados de los años treinta tenía la intención de poner a jugar sus formas. Diseñó una montaña lúdica para que Nueva York tuviera una pirámide que sirviera, al mismo tiempo, de tobogán y de piscina. Era una enorme escultu-

LOS PARQUES DE NOGUCHI estará abierta al público hasta el 9 de octubre en el Museo Tamayo.

ra de tierra: colinas, cavidades y escalones para la imaginación. No tenía mayor equipamien-

to y habría de ocupar toda una cuadra de la ciudad. El administrador de parques de Nueva York vio la maqueta de Noguchi, se rio y lo echó de su oficina.

Las maquetas, bocetos, fotografías de sus parques y juegos pueden verse estos días en una exposición del Museo Tamayo. Por primera vez pueden verse también sus enormes columpios, sus resbaladillas, sus módulos para subir y brincar. Y no solo verse, también se puede jugar ahí, con sus mecedoras y sus dados. Se trata de una muestra de los juegos del artista. Lo que el escultor ofreció al niño que llega a sus

parques es un campo de sugerencias. No hay órdenes como las que imperan en los patios comunes de escuelas y barrios. Los parques suelen someter al niño a un régimen disciplinario. Cada mueble contiene un instructivo inflexible: sube estas escaleras, siéntate y desciende por el tobogán; acomódate aquí y colúmpiante; sube y baja. Parques que aplican la filosofía de la producción fordista a la infancia: el recreo como una severa cadena de producción.

Los parques de Noguchi son otra cosa: un territorio para la exploración, para la invención constante, para la apreciación de las formas, para el abrazo de la belleza. Esta colina puede ser mañana otro planeta y después la cola de un dinosaurio. Fascinante radicalismo de lo lúdico. Las formas de sus parques son, si acaso, insinuaciones. Las aventuras que pueden acontecer entre sus cuestas y sus aros, en sus escalinatas y lombrices serán invento de quien se deja seducir por ellas. La infancia, decía él, no es solamente un tiempo para fortalecer músculos, agilizar reflejos y aprender sumas. Es también “una edad para el desarrollo de la imaginación y para empezar a crear conciencia y sensibilidad frente a la belleza”. Ese premio a la fantasía, ese contacto estético eran para el escultor cruciales para el mundo e iban mucho más allá de lo “superficialmente artístico”. En sus parques el niño —y el no tan niño— podría ser canguro, pez y topo, faraón y astronauta, rueda y flecha, volcán y viento.

Si el hombre es un animal que juega, el lugar donde vive necesita ser, como lo supo bien Noguchi, también juguete. No hay hombre sin juego, no hay ciudad sin parques. Si necesita calle y mercado, necesita también un espacio de libertad para escapar por un momento de la rutina de la vida corriente. La ciudad: más que un artefacto para dormir, producir y comprar, un columpio. *Civitas ludens.* —

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ (Ciudad de México, 1965) es ensayista y politólogo. Escribe en *Reforma* y sostiene el blog *Andar y ver*. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.



ARTES PLÁSTICAS ANISH KAPOOR: ARQUEOLOGÍA. BIOLOGÍA

Hasta el 27 de noviembre el Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC) presenta un recorrido por la obra de uno de los artistas contemporáneos más importantes, Anish Kapoor.



ARTES PLÁSTICAS EL ARTISTA EN UNA SOCIEDAD VIOLENTA

Ciudad Juárez projects, la primera exposición de Francis Alÿs en Londres en quince años, reúne su trabajo realizado entre 2010 y 2015 sobre Ciudad Juárez y la narcoviencia. La muestra está abierta hasta el 5 de agosto en la galería David Zwirner.

EL GATO VITTORIO *Decur*



FOTOGRAFÍA ANNIE LEIBOVITZ Y LA REPRESENTACIÓN DE LA MUJER

En 1999, Annie Leibovitz publicó una serie de retratos de mujeres, *Women*. Diecisiete años después, presenta un nuevo trabajo que busca actualizar aquella muestra. "Las mujeres han cambiado en los últimos años. Ahora somos más conscientes de nuestra fuerza", dijo la fotógrafa. La exposición itinerante se inaugura en la Ciudad de México este 8 de julio y permanece hasta el 31 en el Proyecto Público Prim.

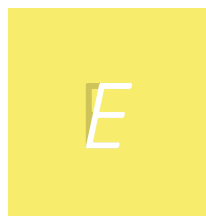
ARTES ESCÉNICAS LONDRES, 1934

Escrita por Nicholas Wright y dirigida por Emoé de la Parra, *Señora Klein* presenta a tres psicoanalistas que disertan apasionadamente en torno a una pregunta: ¿La señora Klein fue una buena madre o fue una manipuladora que usó técnicas psicoanalíticas para llevar a su hijo al suicidio? Estará en el Foro La Gruta hasta el 28 de agosto.



LATINOAMÉRICA

¿Década ganada?



**RAFAEL
ROJAS**

En menos de un año, varias derrotas consecutivas han agriado la experiencia de la izquierda latinoamericana en el poder. La oposición venezolana ganó la mayoría de los escaños en la Asamblea Nacional de Venezuela, en las pasadas elecciones legislativas. Evo Morales perdió el referéndum gubernamental que buscaba introducir la reelección indefinida en Bolivia. Mauricio Macri venció al candidato kirchnerista Daniel Scioli en las últimas presidenciales argentinas. Dilma Rousseff fue suspendida temporalmente del gobierno por el Congreso brasileño que la someterá a juicio político.

La lectura del fenómeno en la opinión pública iberoamericana, por lo menos, denota superficialidad e impaciencia. Para unos se trata de un "fin de ciclo progresista", provocado por una reacción neoliberal. Más que vencidas, las izquierdas habrían sido derrocadas por una derecha que, aliada con el imperialismo, las oligarquías, el capital y

los medios globales, no las dejó gobernar bien y ahora regresa por sus fueros. Para otros, lo que ha sucedido es el colapso de toda la izquierda latinoamericana, que asocian con el neopopulismo y que debe dar lugar a gobiernos más abiertos al mercado y más comprometidos con la democracia.

Esta interpretación polarizada de la crisis de algunos gobiernos de la izquierda latinoamericana reproduce la imagen maniquea de América Latina como una región dividida entre una izquierda socialista y una derecha neoliberal o entre una derecha democrática y una izquierda autoritaria. Basta mirar con un mínimo de atención el campo político de la mayoría de los gobiernos y las oposiciones en América Latina para constatar que ese binarismo es falso: hay democracia y autoritarismo, neoliberalismo y neopopulismo, tanto en la izquierda como en la derecha. Los problemas que han hecho perder o ganar a unos u otros no respetan fronteras ideológicas o políticas: corrupción, despotismo, desigualdad, decrecimiento...

El más reciente informe de la Comisión Económica para América





Latina y el Caribe (Cepal), *Horizontes 2030. La igualdad en el centro del desarrollo sustentable*, presentado en mayo pasado en la Ciudad de México, pinta un panorama desolador para las economías de la región. La crisis prolongada tiene que ver con una desaceleración que ya se advierte alrededor del año 2010 y que pone en entredicho el tópico de la “década ganada”, formulado por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y reproducido mecánicamente por buena parte de la prensa de izquierda latinoamericana, especialmente, la de los gobiernos adscritos al bloque bolivariano. Como sostiene el documento de la Cepal no se trata, únicamente, de una desaceleración provocada por el fin del “boom de los *commodities*” sino también por el aumento de la desigualdad, del deterioro ambiental y del rezago tecnológico.

El crecimiento medio del PIB per cápita de la región pasó de 4.4% en los setenta a 2.7% en los 2000 a 1.8% en la segunda década del siglo XXI y seguirá bajando en los próximos años. El contraste con la zona de Asia Oriental y el Pacífico, que en los últimos años ha superado el 6% en el aumento del PIB per cápita, no podría ser mayor. La tasa de desempleo urbano, que venía decreciendo hasta 2013, primero se estancó y luego comenzó a crecer en los dos últimos años. Las exportaciones de la región han decrecido dramáticamente: en América del Sur están en -3% y

en Brasil, específicamente, en -2%, pero en los países exportadores de hidrocarburos, como Bolivia, Ecuador y Venezuela, llegan a -5% y en el Caribe dependiente del bloque bolivariano, con Cuba a la cabeza, alcanzan -12.1%.

El comercio latinoamericano se mantiene en números positivos en las zonas mejor integradas, como Chile, Perú, Centroamérica y, sobre todo, México, con 9.4% de tasa de crecimiento en el volumen de sus exportaciones, la más alta de América Latina. La inversión también ha caído de modo notable y en algunos países, como Venezuela, Bolivia y Ecuador, la vulnerabilidad real está por encima de la media regional. Otros indicadores, como la productividad, la infraestructura, el avance tecnológico o las condiciones ambientales, se han deteriorado gravemente en América Latina y el Caribe los últimos años. Esa desaceleración ha incidido en el aumento de la desigualdad, a pesar de la notable disminución de la pobreza durante la primera década del siglo XXI.

Entre 2002 y 2012, los pobres en América Latina pasaron de más de doscientos millones a cerca de ciento cincuenta, en buena medida gracias a las grandes transferencias de gasto público y redistribución del ingreso emprendidas por los gobiernos de Lula da Silva en Brasil y Hugo Chávez en Venezuela. Sin embargo, los últimos años la pobreza ha crecido has-

ta unos 168 millones y el coeficiente de Gini, que mide la desigualdad, también ha comenzado a incrementarse como ilustran los casos de Honduras, Brasil, Colombia, Perú y Panamá. Un gráfico incluido en el informe de la Cepal deja en claro que la desigualdad latinoamericana aqueja, por igual, a países gobernados por la izquierda que por la derecha. En cinco naciones de la región el 1% más rico controla más del 20% del ingreso total: Ecuador, Colombia, Chile, México y Brasil, que sigue siendo el país más desigual de Latinoamérica.

Una conclusión implícita en el informe de la Cepal es que la desaceleración ha afectado más a aquellos gobiernos que, como los del bloque bolivariano, apostaron todo a la dependencia de la exportación de hidrocarburos y descuidaron la productividad y la inversión en infraestructura. La combinación de alza de precios del petróleo e incremento del gasto público mezclaba variables coyunturales y estructurales de la economía que, en la segunda década del siglo XXI, entraron en conflicto. El resultado es un conjunto de economías improductivas, desconectadas de las redes del libre comercio e incapaces de mantener una política social eficaz que mantenga el ritmo de decrecimiento de la pobreza y de ascenso en la distribución equitativa del ingreso.

Casi todos los análisis sobre el llamado “ciclo progresista” privilegian la



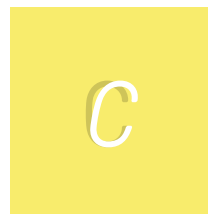
perspectiva política y encuentran constantes institucionales o carismáticas en los liderazgos neopopulistas. Steven Levitsky, por ejemplo, en *Competitive authoritarianism* (2010), ha destacado la naturaleza híbrida de esos regímenes, que combinan respaldos plebiscitarios, elementos tecnocráticos de gobierno y eficacia represiva. Otros estudiosos, como Andreas Schedler, en *La política de la incertidumbre en los regímenes electorales autoritarios* (2016), proponen entender la crisis de los gobiernos de la izquierda más autocrática a partir de las señales de agotamiento en el control de los mecanismos representativos de la democracia, que amenazan la gobernabilidad.

El informe de la Cepal, en cambio, llama la atención sobre el trasfondo común, en términos de política económica, de todos los gobiernos latinoamericanos, sean neopopulistas o no. El saldo de la política regional en las dos primeras décadas del siglo XXI es, a todas luces, negativo. Las economías decrecen, la desigualdad aumenta y las democracias se debilitan como consecuencia de la impunidad y la corrupción. Si ese es el rastro que deja el ciclo progresista, ¿qué esperar de la nueva ola de gobiernos de centro o derecha que parece observarse en América Latina y el Caribe? —

RAFAEL ROJAS (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).

CINE

El problema Woody Allen



**MARÍA JOSÉ
EVIA HERRERO**

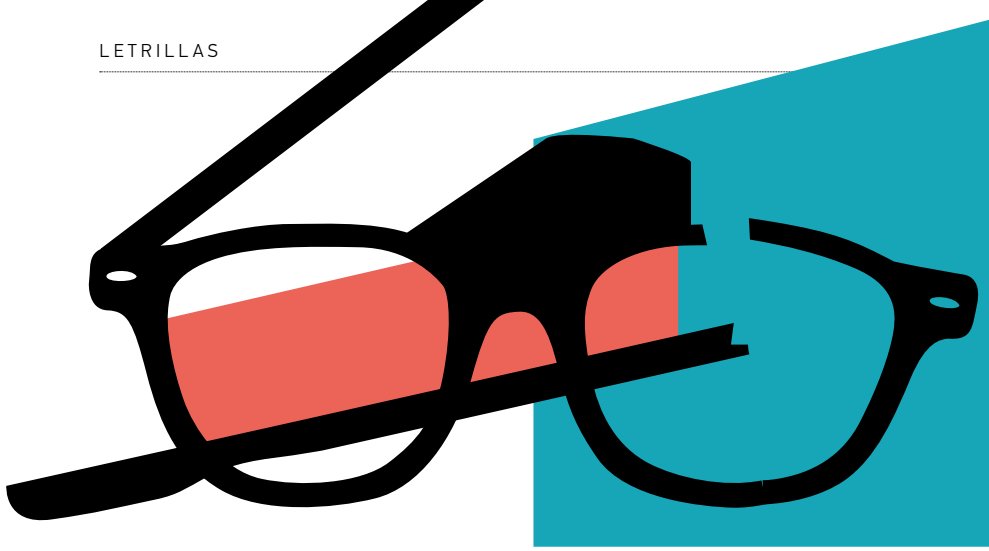
ada vez que un artista querido por el público es acusado de abuso salen a la luz —parece que obli-gatoriamente— tres argumentos: “hay que separar la obra del artista”, “si solo consumiéramos arte hecho por buenas personas nos quedaríamos sin nada que mirar o escuchar” y “no somos jueces, no sabemos qué sucedió en realidad”. Afirmaciones de este tipo han permitido que celebridades desde Roman Polanski hasta Charlie Sheen (y, hasta hace poco, Bill Cosby) continúen trabajando y que el legado de otros permanezca intacto. Esta ha sido también la manera en que se ha defendido a Woody Allen, que en 1992 fue acusado de abuso sexual por su hija Dylan Farrow. En ese momento ella tenía siete años y, en las siguientes décadas, no ha desistido en contar su historia (en 2014, por ejemplo, publicó una carta abierta para *The New York Times*).

Para comprender por qué Allen no ha enfrentado mayores consecuencias ante una acusación tan seria hay que mirar tanto su estrategia personal de relaciones públicas como la cultura de la que forma parte. En un reciente artículo para *The Hollywood Reporter*, el periodista Ronan Farrow, hermano de Dylan e hijo de Allen y Mia Farrow, explica de forma muy clara que la percepción pública sobre este caso no se basa solo en datos objetivos, sino que ha sido formada en buena medida por la publicista Leslee Dart, quien por décadas ha trabajado para el director. Dart ha ayudado a crear la

imagen de Mia Farrow como una mujer deshonestas, inestable y vengativa, lo que ha sido beneficioso para Allen, quien no ha perdido prestigio ni trabajo en las décadas que sucedieron al escándalo inicial. La labor de relaciones públicas también se extiende a castigar de algún modo a los medios que recogen las acusaciones. Un ejemplo muy próximo: un día después de la publicación de la columna de Ronan Farrow, a *The Hollywood Reporter* se le negó la entrada a un almuerzo de prensa con motivo del estreno en Cannes de la más reciente cinta de Allen.

Sin embargo, el trabajo de Dart no explica por sí solo todo el apoyo que recibe Allen por parte del público y las condiciones que le permiten seguir dirigiendo. La cultura de la violación (que engloba comportamientos como trivializar la violencia sexual, responsabilizar a la víctima o pensar que una violación no merece una sentencia severa), y el culto a las celebridades, en especial cuando son consideradas artistas, sirven para ver un panorama más completo. La sociedad fácilmente culpa o ignora a las víctimas de abuso (o, si son niñas de siete años, a sus madres) al tiempo que cierra los ojos ante las acciones violentas o poco éticas de quienes crean arte de prestigio. Por otra parte, como espectadores es posible que cerremos los ojos porque queremos disfrutar sin estorbos las obras de nuestros creadores favoritos.

Analizar la información ofrecida por la familia Farrow y por las autoridades no es una experiencia agradable. Toma mucho tiempo eliminar los propios sesgos y las tendencias de los medios de comunicación, pero al final nos quedamos con una historia que se ha



LITERATURA

El rastro de su obra en nuestras vidas



CRISTÓBAL PERA

Cómo ha podido traerme aquí de nuevo? Esta es la pregunta que me persigue cuando pienso en cómo leer a Gabriel García Márquez,

conocerlo y trabajar con él, fue cambiando el curso de mi vida. Lo cual me lleva a pensar en cómo sus obras han cambiado el rumbo geográfico y vital de tantos otros lectores.

García Márquez fue en parte responsable de que en 1987 decidiera viajar a la Universidad de Texas en Austin, para cursar un doctorado en literatura latinoamericana. Otros escritores a quienes podría culpar por esta decisión fueron, entre otros, su querido amigo Julio Cortázar, Jorge Luis Borges o Juan Carlos Onetti.

Uno de los primeros trabajos académicos que escribí siendo estudiante de posgrado trataba sobre el choque de culturas en *Cien años de soledad*. El artículo me permitió viajar con ayuda académica a la Universidad de Nuevo México en Albuquerque, donde lo presenté en una conferencia de estudiantes de posgrado. Leer a García Márquez me llevó cruzar el Atlántico y, desde entonces, a muchos otros lugares, como sé que les ha ocurrido a otros lectores en otras lenguas. La literatura no solo puede cambiar intelectualmente al lector, también puede cambiar su vida.

Hasta entonces me conformaba con leerlo. Pero un día, tras ha-

contado una y otra vez sin contradicciones: es muy probable que Allen haya abusado de su hija menor de edad. Una vez que se llega a una conclusión así, se vuelve inevitable una pregunta que es al mismo tiempo personal y cultural: ¿qué hacemos al respecto?

En su texto, Ronan Farrow pide a la prensa que no ignore las acusaciones contra Allen (quien, no sobra decirlo, no fue juzgado a pesar de que existían elementos, porque el fiscal decidió “proteger a la niña víctima”). Hacerlo, dice Farrow, “les dice a las víctimas que no vale la pena la angustia de denunciar. Manda un mensaje sobre quiénes somos como sociedad, qué pasamos por alto, a quién ignoramos, quién importa y quién no”.

Aquellos que denuncian esta clase de abusos pocas veces logran la justicia deseada. Si el acusado es una celebridad, el público pide mesura para proteger al artista, pero al hacerlo también cuestiona, rebaja y revictimiza a quien alzó la voz. Los “llamados a ser objetivos” o a “reservarnos juicios porque no contamos con todos los datos”, en el fondo, reflejan lo poco preparada que está la sociedad para creerles a las víctimas. La idea de la mujer que arruina la reputación y la carrera de un hombre a través de una acusación falsa es básicamente un mito, una creencia ligada al estereotipo de las mujeres como personas inestables o vengativas.

Crearle a Dylan Farrow entraña además otro problema que una buena parte del público se niega a enfrentar: Allen es un director en activo, que

estrena una película al año. Para todos aquellos que se dedican a escribir, criticar, exponer y promocionar cine sería difícil ignorar sus producciones. En este sentido, el crítico de cine Matt Zoller Seitz compartió en su blog su decisión personal: continuar escribiendo sobre el cineasta y mencionar las acusaciones en su contra cuando sea pertinente, pero no revisar sus películas a menos que sea necesario para su trabajo.

Alyssa Rosenberg, analista cultural de *The Washington Post*, publicó a su vez un texto en el que llama a continuar viendo el trabajo de Allen y analizar por qué algunas de sus tramas (como la relación de un hombre cuarentón con una chica de diecisiete años en *Manhattan*) antes nos parecían geniales o al menos aceptables y ahora son incómodas. “El conocimiento de que Allen se casó con la hermana de sus hijos y de que es acusado de abusar de Dylan Farrow no cambia sus películas; nos cambia a nosotros.”

Las de Zoller Seitz y Rosenberg son dos maneras de creerles a las víctimas. No se trata de tirar piedras a los acusados, de pretender que su obra caiga en el olvido o de arruinarlos, sino de tomar en cuenta que nuestras decisiones como consumidores contribuyen a la cultura que silencia a las víctimas. De recordar que la dignidad de las personas sí está por encima del arte. —

MARÍA JOSÉ EVIA HERRERO es una comunicadora especializada en medios digitales, responsabilidad corporativa y equidad de género.



¿Cómo es posible que un escritor afecte el curso real de tantas vidas tan solo con el poder de la ficción?

Vi a Gabo rodeado de docenas de turistas que trataban de tocarlo.

ber cambiado mi carrera académica por el mundo editorial, recibí una llamada de la agente literaria Carmen Balcells. Era agosto de 2001, Gabo acababa de terminar de escribir sus memorias y necesitaba un editor que trabajara con el manuscrito. Lidiar con unas memorias, y no con una novela, me ayudó a concentrarme en la verificación de datos. Los capítulos del manuscrito llegaban por fax o por mail cada semana, con las correccio-

nes a mano de Gabo, y yo enviaba de vuelta una lista de revisiones y sugerencias. A veces hablábamos. Recuerdo su alegría en el teléfono tras leer mi nota donde decía que Borges no había traducido *La metamorfosis*, tal y como él mencionaba al recordar la influencia crucial de Kafka sobre su obra. Para él era muy importante que la información fuera lo más precisa posible.

Mi mayor recompensa fue presenciar su proceso creativo casi en tiempo real. Uno de los principales capítulos de sus memorias estaba dedicado al bogotazo, los disturbios callejeros de 1948 que siguieron al asesinato del candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán. Era un testimonio dramático de los sucesos contado desde las calles por las que, un Gabo estudiante, deambulaba en aquella época. Pero antes de entregar la versión final del manuscrito, decidió reescribir el capítulo, agregando un punto de vista desde la oficina presidencial que

lo transformaba en una obra maestra más compleja. Cuando el libro ya estaba a punto de entrar en imprenta, un último mensaje del autor dejaba otra huella de su genio: había que cambiar el título. De *Vivir para contarlo* tenía que pasar a *Vivir para contarla*. Al cambiar un pronombre de masculino a femenino, con el cambio de una sola letra, Gabo era capaz de invocar la vida sin nombrarla.

Unos años después el destino —me parece que Gabo no creía mucho en las coincidencias— me llevó aún más cerca de él cuando llegué a la Ciudad de México como director editorial de Random House Mondadori en 2006. Aunque ya lo había conocido, junto con su esposa Mercedes y con Carmen, en un restaurante de Barcelona, decidí no interferir en su vida. Fue de nuevo Carmen quien un par de años después me envió una colección de los discursos de Gabo para preparar un nuevo libro y me dijo que él esperaba mi llamada. Trabajar codo a codo en ese proyecto, en su estudio, en esa casa donde estaba rodeado de tanto amor, es uno de los recuerdos más especiales de mi carrera como editor.

Así como García Márquez reconocía que *La metamorfosis* de Kafka había cambiado su visión de la literatura, numerosos autores han escrito también sobre el impacto de *Cien años de soledad* en su propia obra. Desde escritores como Salman Rushdie o Ian McEwan, hasta otros menos conocidos como el uzbeko Hamid Ismailov. Todos ellos reconocen la influencia literaria de la obra de García Márquez en su obra y McEwan ha llegado a hablar de los “extraordinarios poderes de persuasión que tiene sobre poblaciones enteras”. En América Latina el peso de su influencia llevó a toda una generación de jóvenes escritores a rechazarlo oficialmente como modelo.

Vuelvo entonces al comienzo. ¿Cómo es posible que un escritor afecte el curso real de tantas vidas tan solo con el poder de la ficción?

Vi a Gabo en su auto, en Cartagena, rodeado de docenas de turistas que trataban de tocarlo, gritándole que habían viajado hasta ahí con la única esperanza de verlo. Lo vi incapaz de terminar de comer en un restaurante mientras los comensales se apresuraban para ir a la librería más cercana y comprar sus libros para que él los firmara con una sonrisa. En “Secuestrada en Sudán con Gabriel García Márquez” Flavia Wagner, una trabajadora humanitaria, escribió cómo el único libro que llevaba en su mochila a la hora del secuestro era *Cien años de soledad* y cómo las palabras de Gabo, sus historias y hasta su fotografía en la solapa la ayudaron a sobrevivir durante su cautiverio.

Durante el último año de vida de García Márquez, una mujer polaca montó guardia con rosas amarillas afuera de su casa de la Ciudad de México todos los días, de las nueve de la mañana a las nueve de la noche, durante varios meses. A veces tocaba a la puerta y las entregaba diciendo: “traigo flores para él”. Cuando Gabo viajó a Cartagena por un par de meses, ella lo siguió e hizo lo mismo ante las puertas de su casa en la vieja ciudad. ¿Qué llevaría a una mujer, a una lectora polaca, a actuar de esa manera después de leer un libro?

Hace unos meses Gabo me llevó de nuevo a la Universidad de Texas, mi *alma mater*, donde me convertí en un lector profesional y comencé una nueva vida, para celebrar la inauguración de su archivo en el Harry Ransom Center. Espero que ahora otros lectores, al momento de examinar lo que ha dejado en sus manuscritos y notas, puedan también experimentar la emoción de ser testigos del proceso creativo de un genio, un genio muy humano: el rastro de sus obras, de su vida, en la nuestra. —

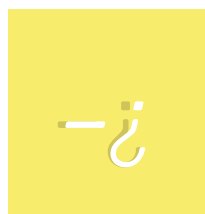
*Publicado originalmente en Alcalde.
Traducción del inglés de Roberto Frías.*

CRISTÓBAL PERA es director de The Wylie Agency España.



CINE

La risa en días hábiles



EDUARDO HUCHÍN SOSA

y Proyectos Especiales de la Cineteca Nacional, carraspea antes de responder:

—A César Costa.

¿De qué se trataba esto? ¿Era una *punchline*? Todo indicaba que no y, sin embargo, la mera mención al exprotagonista de *Papá soltero* y exconductor de *La carabina de Ambrosio* parecía ser algo más que una curiosidad periodística. Una vez que has compartido créditos con Chabelo, Beto el Boticario, la Pájara Peggy y Pocholo,

cualquier actividad que realices resulta congruente con tu trayectoria. Que alguien como César Costa haya promovido esta muestra habla tanto del humor en México como la minuciosa memorabilia que conforma *¿Actuamos como caballeros o como lo que somos?*

Enfocada en el cine, la muestra —al cuidado de Rafael Barajas el Fisgón y Antonio Valdés Peña— es menos una celebración de cierta época de oro y más un ensayo sobre la manera afortunada en que una industria logró aglutinar géneros dramáticos, personajes arquetípicos y tensiones sociales de distintos momentos para retratar la idiosincrasia de un país. En ese sentido funciona también como una apretada historia del humor en México, dado que el ascenso y la caída de la comedia en la pantalla grande solo puede entenderse en relación con los cartones de Posada, las caricaturas del Chango García Cabral, la zarzuela, la revista *Frivolidades* o *El periquillo sarniento*.

La muestra abre con las primeras manifestaciones del humor de la Nueva España, no ajenas a los propósitos de la evangelización, y cierra con la comedia urbana del siglo XXI, demasiado interesada en las angustias de la clase media. En esos cinco siglos se desarrollaron las más diver-

El conjunto de las piezas permite observar los vínculos entre películas, expresiones y personajes humorísticos que han hecho historia dentro y fuera del cine mexicano.

sas expresiones humorísticas que, con el arribo del cinematógrafo, encontraron abrigo en las películas: la pastorela y las historias iconoclastas de Buñuel, el teatro de revista y la carpa de donde surgieron algunos de los más grandes comediantes del país, los personajes del pelado y el hijo de papi, la comedia ranchera y el género policiaco con tintes de humor negro, las arengas antigobiernistas de Palillo y los inofensivos guiones de Chespirito. No se trata, sin embargo, de un estridente conjunto de figuras cómicas, salpicado con citas de Monsiváis o testimonios de la época, sino más bien de una historia que no puede contarse sin apelar a la diversidad, al “caos controlado” con el que Paul Johnson definió el ejercicio del humor.

Dos secciones me parecen sobresalientes: en primer lugar, la dedicada a aquellos cómicos de acompañamiento –Medel, Chicote, Mantequilla, Pulido– y algunos otros que terminaron siendo opacados por las grandes estrellas, y cuya presencia sirve de contraste a las secciones de Cantinflas, Tin

Tan y Joaquín Pardavé, la santísima trinidad que ocupa el centro mismo de la muestra. Ese

recorrido permite apreciar un portentoso batallón de actores secundarios, comediantes injustamente olvidados y personajes perdidos entre los cientos de reposiciones televisivas. También es de agradecerse el espacio destinado a las mujeres, que durante décadas fueron relegadas a papeles sensuales o melodramáticos. La sola mención de Vitola podría servir para desmentir esa extraña idea de que no había actri-

ces cómicas de valía, pero el esmerado recuento de otros muchos nombres ofrece un panorama digno de tomarse en cuenta: Amelia Wilhelmy y Delia Magaña, Prudencia Grifell y Sara García, Niní Marshall y Leonorilda Ochoa, Dolores Camarillo y Consuelo Guerrero de Luna. Para los que no tengan idea de quiénes son estas actrices el apartado “La liga de las muchachas” depara inmensos placeres.

La otra apuesta, menos espectacular, fue disponer un espacio para las sexicomedias de los años setenta y ochenta. Valdés Peña admite que el cine de ficheras terminó siendo un capítulo incómodo para los curadores: si bien ha sido a menudo condenado como síntoma de una industria moribunda que no supo afrontar el éxito de la televisión, se trató también del último género realmente popular de nuestro cine. El gesto de indecisión y el discreto lugar que ocupan en la muestra corroboran que hace falta mucho para reencontrarnos, sin desdén, con las películas del Güero Castro, Alfonso Zayas o el Caballo Rojas.

En su clásico discurso a favor de la anarquía María Eugenia Llamas dice la frase que mejor describe lo que sucede cuando intentas contener el humor: “Para qué me dejan sola si ya me conocen.” Si bien queda la sensación de que esta curaduría debilita –en algún modo– la explosiva experiencia original de cada pieza, también es cierto que el conjunto permite observar los vínculos entre películas, expresiones y personajes humorísticos que han hecho historia dentro y fuera del cine mexicano. Y lo más plausible: sirve para descubrir que todavía existen pequeñas joyas a la espera de una audiencia. —

EDUARDO HUCHÍN SOSA (Campeche, 1979) es miembro de la redacción de *Letras Libres*.

BIBLIOTERAPIA

Un libro de
Marc-Alain Ouaknin



Leer nos ayuda
a vivir mejor

OCEANO Travesía

¿ACTUAMOS COMO CABALLEROS O COMO LO QUE SOMOS?

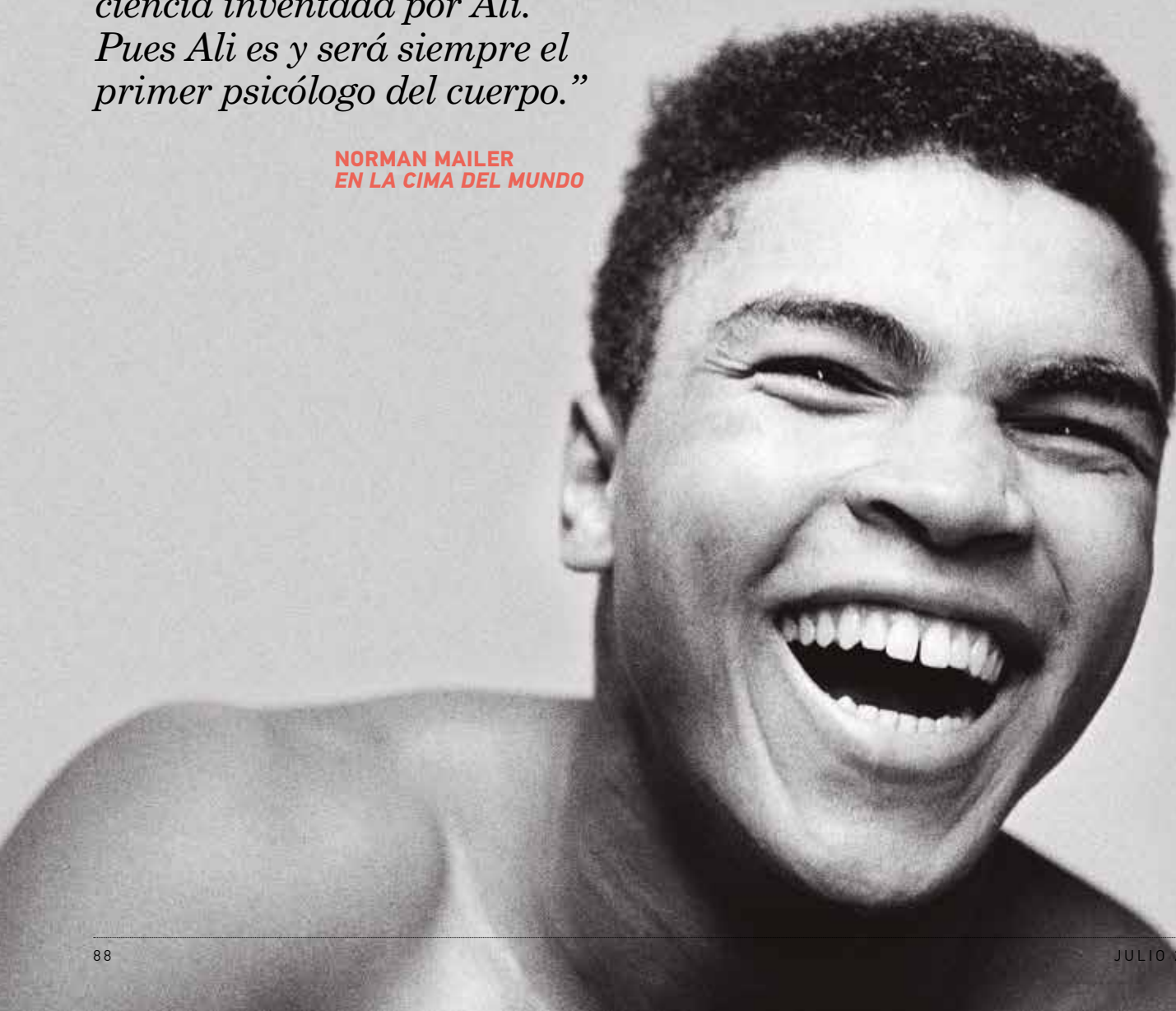
se presenta hasta el 18 de octubre en La Galería de la Cineteca Nacional.

IN MEMÓRIAM

MUHAMMAD ALI
(1942-2016)

“Debemos reconocer que sería inútil intentar comprender a los boxeadores como lo haríamos con hombres que se parezcan a nosotros. Solo podemos intuir lo que ocurre en su interior mediante un salto de la imaginación que nos permita acceder a la ciencia inventada por Ali. Pues Ali es y será siempre el primer psicólogo del cuerpo.”

NORMAN MAILER
EN LA CIMA DEL MUNDO





POLÍTICA INTERNACIONAL

No a Keiko... ¿sí a qué?



**ALBERTO
VERGARA**

Mal menor” es una de las expresiones políticas más comunes entre los peruanos. El año 2001 mucha gente votó por Alejandro Toledo horrorizada ante la posible victoria

de Alan García, quien había arruinado el país en los ochenta. En 2006, paradójicamente, el propio García fue elegido ante la figura de Ollanta Humala, quien por su cercanía con Hugo Chávez generaba aún más miedo. El 2011, Humala se convirtió en el candidato que atajaba el paso de Keiko Fujimori a la presidencia. Finalmente, el pasado 5 de junio, Pedro Pablo Kuczynski, del partido Peruanos Por el Kambio (PPK), se convirtió en el dispositivo para impedir, de nuevo, que el fujimorismo llegara a la presidencia. En una segunda vuelta reñidísima, Kuczynski ganó por una diferencia de apenas cincuenta mil votos en un universo de más de diecisiete millo-

nes de votantes. Es consenso en el país que, por un pelo, ganó el “No a Keiko”.

“No a Keiko”, han dicho los peruanos, pero... ¿sí a qué? Todavía no hay respuesta precisa. La elección ha dejado a Kuczynski parado en una situación ideológica y política extraña. En tanto tecnócrata neoliberal, el fujimorismo era hasta esta elección su vecino ideológico en el tablero peruano. No en vano Kuczynski apoyó con entusiasmo a Keiko Fujimori en la segunda vuelta de 2011 contra Ollanta Humala. Sin embargo, para poder ganar esta elección, encarnó el antifujimorismo en los términos más tajantes y agresivos. Esa relación ha quedado magullada. Del otro lado, los movimientos, partidos y ciudadanía que empujaron la candidatura de Kuczynski nunca mostraron entusiasmo por este candidato percibido como alguien elitista y de derecha. Así, tanto su relación con la derecha como con la izquierda ha quedado en un limbo extraño.

En tal circunstancia, Kuczynski está obligado a construir su propia legitimidad siendo presidente. En algún sentido, tendrá que ser candidato por un tiempo más para montar un respaldo propio. Y lo necesitará por una razón simple: el fujimorismo (Fuerza Popular) controla un 56% del parlamento, la izquierda (Frente Amplio) un 15% y el partido de Kuczynski apenas un 13%. A favor de Kuczynski juega que los peruanos detestan a su

poder legislativo (en el último reporte de Latinobarómetro solo el 8% dijo sentirse representado por el congreso) y los congresistas suelen ser mayoritariamente novatos sin peso (más del 70% de estos se renueva a cada elección). Incluso presidentes impopulares sin sólidas bancadas parlamentarias como Alejandro Toledo y Ollanta Humala han podido gobernar ante la levedad del legislativo. Un presidente popular podría sobreponerse a ese legislativo adverso.

Ahora bien, ¿desde dónde construir ese respaldo? Antes digamos algo básico: un apoyo importante en el Perú es tener 30% de aprobación popular (el presidente Humala deja la presidencia con apenas 11%). El fujimorismo arrasó en las ciudades del norte donde la delincuencia ha aumentado dramáticamente en los últimos años. No es la única razón por la cual triunfó ahí pero es innegable que su promesa de “mano dura” conectó con una necesidad básica de la ciudadanía. El gobierno de Kuczynski debe demostrar que tiene un plan y, pronto, resultados en tal materia. No solo porque el país requiere urgentemente revertir una peligrosa tendencia hacia la violencia, sino porque la mitad del país estaba convencida que quien mejor podía resolver ese problema era la candidata perdedora.

Entre una derecha liberal y otra conservadora, el electorado que le dio la presidencia a Kuczynski decidió

por quien representaba mejor la democracia y el Estado de derecho. Si bien la campaña terminó siendo una dicotomía absoluta entre democracia/decencia contra dictadura/corrupción, ahora Kuczynski y sus asesores tendrán que evaluar qué tipo de agenda concreta puede empujarse para dar voz a estas preocupaciones. Una reforma del poder judicial, que subsane desde cuestiones puramente procedimentales hasta interferencias políticas, ha sido por mucho tiempo esperada en el Perú aunque parece un objetivo demasiado ambicioso por el momento. Tal vez cuestiones cercanas a una agenda de igualdad de derechos sin importar el género o la orientación sexual podrían darle un espaldarazo importante en las ciudades. El fujimorismo se opondrá pero un gran sector del país respaldará al presidente si decide impulsar tales iniciativas.

El sur peruano, la región con la más importante presencia indígena, ha votado masivamente en contra del fujimorismo a pesar de que Kuczynski siempre le ha resultado ajeno y antipático. Kuczynski debe agradecer ese voto a pecho abierto. Está obligado a revertir la tendencia de ninguneo que las élites empresariales, políticas y tecnocráticas asentadas en Lima le han endilgado al sur peruano por largo tiempo. Kuczynski, en tanto representante puro de esas élites, tiene hoy la gran oportunidad —y aún más, la responsabilidad— de revertir con hechos y gestos tanto la indolencia limeña como la ojeriza sureña.

Todo parece difícil a estas horas. Pero también parecía difícil que Kuczynski derrotara a la popular Keiko Fujimori. Kuczynski podría, quién sabe, infiltrarse en la lista, breve pero sustanciosa, de buenos presidentes que un día fueron malos candidatos. —

ALBERTO VERGARA (Lima, 1974) es investigador y *lecturer* en política latinoamericana en la Universidad de Harvard. Ha publicado *Ciudadanos sin república. ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* (Planeta, 2013).



DEPORTES

El beisbol negro, setenta años después



EDUARDO MEJÍA

los años ochenta del siglo XIX). Walker no tenía las simpatías ni de sus compañeros de equipo; lo peor fue que en 1887 Cap Anson, superestrella del beisbol y el primero en conseguir tres mil *hits* en su carrera, amenazó con retirarse de la liga si permitían que Walker siguiera jugando. Su pecado: era negro (les llamaban *darkies*, *coons*, *niggers*, *negroes*; los políticamente correctos de aquellos tiempos preferían decirles *colored boys*, apunta David Craft en *The*

a primera víctima fue Moses Fleetwood Walker, el mejor *cácher* de la American Association (con la Nacional, las ligas Mayores en

Negro leagues). El boicot tuvo éxito y Walker y su hermano Weldy, los primeros jugadores de color, fueron segregados de las Mayores por el resto de su vida deportiva. El boicot duró hasta 1946, cuando Branch Rickey, gerente de los Dodgers entonces de Brooklyn, llamó a Jackie Robinson, de los Monarcas de Kansas City, para incorporarlo a su organización.

Los negros no eran desconocidos; segregados, humillados, jugaban en las Ligas Negras, en estadios pobres, maltrechos, con escaso público, con salarios bajos, pero muchos jugadores de las Mayores los respetaban: Honus Wagner, considerado el mejor *shortstop* de la historia, se enorgullecía de que lo compararan con Raymond Dandridge; Babe Ruth disfrutaba los duelos de batazos largos con Joshua

Gibson, en los que ganaba casi siempre el negro. En las fechas libres hacían juegos de exhibición y no era infrecuente que los negros vapulearan a los blancos. La discriminación más importante no era la salarial: a los negros no les permitían la entrada a hoteles, restaurantes, transportes; muchos preferían emigrar a México, donde eran populares, ganaban campeonatos, manejaban a los mejores equipos y encabezaban la Liga Mexicana en todos los aspectos del deporte.

En 1945 negros y blancos participaron juntos en la Liga Mexicana cuando Jorge Pasquel, el político alemán que adoraba el beisbol, les ofreció jugosos contratos; las estrellas que vinieron regresaron a las Mayores ante la amenaza de expulsión de por vida; la Liga Mexicana fue excluida del beisbol organizado, pero en los Estados Unidos advirtieron que la calidad del beisbol mexicano había crecido gracias a la presencia de negros, algunos de origen cubano. Rickey se fijó en las Ligas Negras y firmó en 1946, entre otros, a Jackie Robinson, quien destacó en las sucursales de los Dodgers. En 1947 llegó a las Mayores; aguantó burlas, insultos, presiones, tuvo una actuación que le valió el nombramiento de Novato del Año. No era el negro más destacado ni el de mayor potencial, pero lo eligieron por su actitud de dignidad y sobriedad; otros, que posteriormente han sido honrados con la inmortalidad deportiva, tenían un comportamiento más festivo, gustaban de bromear, payasear; su conducta desinhibida y exhibicionista les adjudicó un calificativo: *hot-dog*. Luego de Robinson muchos negros fueron llegando a las Grandes Ligas, en las siguientes semanas, meses, años; en su tercera campaña Robinson fue el líder de bateo de la Liga Nacional.

Era el comienzo de la invasión que transformó para siempre a las Mayores; hasta entonces era un deporte para blancos, arrogantes y orgullosos, que se jugaba en la costa este y el centro de los Estados Unidos (Nueva York, Filadelfia, Boston,

Chicago, Detroit, San Luis, Cleveland, Pittsburgh, Cincinnati, Washington: dieciséis equipos en diez ciudades). En la Liga Mexicana jugaban estadounidenses y cubanos; muchos fueron llamados a las Mayores y poco después comenzaron a llegar a casi todos los equipos (Yanquis de Nueva York y Medias Rojas de Boston fueron los últimos en incluir a negros en su róster); en menos de cinco años ya muchos eran estrellas (Ernie Banks, Willie Mays, Hank Aaron); al poco comenzó la invasión latina; Roberto Clemente y el mexicano Beto Ávila fueron los primeros latinos en conquistar el cetro de bateo en la década de los cincuenta. Ya en los setenta había cerca de 35% de negros y latinos en las Mayores; ahora hay más de cincuenta negros miembros del Salón de la Fama, muchos de los cuales no jugaron en las Grandes Ligas, pero han merecido el honor gracias a sus méritos en otras ligas, sobre todo las Negras. Dos cubanos de la Mexicana por su edad ya no fueron llamados a las Mayores, pero sí sus descendientes mexicanos: Jorge Orta (hijo de Pedro Orta) y Rubén Amaro y Rubén Amaro Jr. (hijo y nieto de Santos Amaro).

Los elitistas y segregacionistas no previeron la debacle; en todos los deportes los negros se han impuesto, y vencieron el prejuicio de que en el futbol americano podían ser corredores, receptores, por su agilidad y velocidad, pero dudaban de su inteligencia; ahora hay varios mariscales de campo, y hasta hubo un coach en jefe de origen mexicano. En el boxeo, el basquetbol y el atletismo ya no es tan frecuente que los blancos se lleven la mayoría de los trofeos; en el tenis, aunque los blancos siguen siendo mayoría, muchos de primer nivel son asiáticos y negros, y el actual campeón mundial de la Fórmula 1 es negro. El deporte mostró que los blancos no tenían por qué ser arrogantes. —

EDUARDO MEJÍA (Ciudad de México, 1948) ha publicado veintiséis títulos, entre narrativa, ensayo, crónica e historia (uno de ellos, *México y el beisbol*).

POLIFONÍA

entender

<http://bit.ly/28KcKJs>